



CuadernosDM

1 diciembre 2024
Adviento
nº 4

SUPLEMENTO DEL SEMANARIO DE LA IGLESIA CATÓLICA EN MÁLAGA



Adviento, esperanza que no defrauda

POR PILAR GALLARDO QUERO
DELEGADA EPISCOPAL DE MIGRACIONES Y PASTORAL GITANA EN MÁLAGA



SÍNTESIS

¿Esperanza?

Es extraño, hoy día, seguir hablando de esperanza. Ya no se cultiva y no parece tener mucho sentido en un mundo que está lejos de ser un Reino de paz y de justicia. Es complicado mantener la esperanza; puede incluso que hayamos olvidado qué esperamos exactamente.

A lo largo de este Adviento, a la escucha de la Palabra de cada domingo, de la mano de los profetas, del Bautista y de María, intentaremos acercarnos a un signo de los tiempos que nos puede ayudar a redescubrir el sentido profundo de nuestra «gran esperanza»: el fenómeno migratorio.

PILAR GALLARDO
QUERO



LA AUTORA

DELEGADA DE MIGRACIONES
DE MÁLAGA

Pilar está casada, es madre de cinco hijos y laica de la Sagrada Familia de Burdeos y de la parroquia de la Victoria. Estudió Derecho y enfocó su profesión al acompañamiento y defensa de las personas migradas. El pasado curso terminó el Bachiller en Teología y actualmente está cursando el Máster en Teología Fundamental. Además de delegada episcopal de Migraciones y Pastoral Gitana, es también profesora en la Escuela Teológica San Manuel González de la Diócesis de Málaga.

diocesismálaga.es

Edita

Delegación Diocesana de Medios de Comunicación Social

Fotografías:

Dicasterio Desarrollo Humano Integral

Contacto y suscripciones

diocesismálaga@diocesismálaga.es

Teléfono

952 22 43 57

Impresión

Gráficas ANAROL



App DiócesisMálaga



@diocesismálaga



@diocesismálaga.es



facebook.com/diocesismálaga



youtube.com/diocesismálaga

«La esperanza no defrauda». Así comienza la bula por la que el papa Francisco convoca el *Jubileo de la Esperanza* para el próximo año 2025. La esperanza... Esta palabra tan bonita es la cualidad del que espera algo o a alguien, confiando razonablemente en que “eso que espera” va a venir. Si no tuviera motivos para creer o confiar en esa llegada, no tendría esperanza y no esperaría. De ahí que la esperanza esté tan ligada a la fe y a la razón. Nadie esperaría la llegada de algo imposible o irrazonable so pena de ser considerado un iluso. Y eso ya no sería esperanza.

LA ESPERA

Puede parecer extraño hablar de esperanza en el mundo en que vivimos. Para empezar, ya no se cultiva la espera, vivimos en la era de la inmediatez. Cuando nos topamos con algo que, por naturaleza o por esfuerzo, requiere una espera, nos frustramos enseguida. No tiene mucho sentido esperar, ¿esperar el qué? Si levantamos la mirada para ver lo que ocurre a nuestro alrededor, nos invade el escepticismo y nos parece que no hay mucho que esperar. Es extraño, repito, hoy día, seguir hablando de esperanza. Y no solo extraño, también es complicado: no cabe tiempo para la espera. Estamos a las puertas del Adviento, pero llevamos meses con las luces instaladas en la ciudad para iluminar las calles y las tiendas. Ya se han colocado equipos de sonido y escenarios, listos para la música y el espectáculo. Nos han inundado con mensajes bonitos para que veamos y oigamos lo que el mundo quiere que esperemos. Hace tiempo que “huele a Navidad” y que suenan villancicos en el súper. Los centros comerciales están de sobra preparados para acoger lo que esperan de nosotros. Así, la ciudad se prepara para nuestras compras y paseos, y nuestros preparativos se limitan a menús, regalos, reservas, encargos... ¿Nos dará tiempo a prepararnos para otra cosa?

El Adviento es el tiempo litúrgico de la esperanza y puede ser una oportunidad para vivir y renovar la nuestra si no colmamos nuestro corazón con lo que esperamos en estos días: experiencias, reencuentros, juegos, bailes, comidas y cenas con la familia, amigos, compañeros... Todos esos bienes tan preciados, que son como mini-dosis de felicidad que parecen cubrir todas nuestras expectativas. Y, al menos por un tiempo, las cubren (aunque solo a veces y solo a algunos). Pero, ¿las cubren del todo? ¿Y cuánto duran? ¿Es esto lo único que esperamos? Aunque los cristianos

dediquemos cuatro semanas a prepararnos, exactamente ¿qué esperamos en estas fechas?

En ocasiones, acabamos celebrando algo efímero que, si somos sinceros, no termina de cubrir nuestro deseo de plenitud. No todo el mundo espera lo mismo, pero lo cierto es que «todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aún ignorando lo que traerá consigo el mañana», dice la bula de convocación del Jubileo 2025 *Spes non confundit*. Así es, todos esperamos. En



4 el fondo de nuestro corazón, deseamos y esperamos que ocurra algo bueno. ¡Y qué tristeza cuando no es así! No se puede vivir si ya no esperamos nada bueno de la vida... pero ¿qué es “eso bueno” que esperamos?, he aquí la cuestión.

UNA PROMESA

Toda esperanza nace con una promesa. Vamos a comenzar el Adviento con un aviso del profeta Jeremías: *«haré brotar para David un Germen justo, y practicaré el derecho y la justicia en la tierra»*.

En aquellos tiempos, había esperanzas mesiánicas para todos los gustos. Algunos esperaban a un mesías político o guerrillero. Otros, podían intuir que la restauración de Jerusalén no se haría por la fuerza o la violencia, pero sí con una justicia divina, implacable e inmediata. Ni siquiera los más cercanos a Jesús pudieron comprender –sin la ayuda del Espíritu y a la luz de la Resurrección– la profundidad de la salvación que nos traía Cristo. Pero ¿y nosotros que confesamos el cumplimiento de las promesas en Cristo, qué tipo de promesa vemos cumplida y cuál estamos esperando?

«Asistimos impasibles a la globalización de la injusticia y generamos, con nuestro rechazo al otro, más sufrimiento como respuesta»

¿Se han cumplido las promesas de Dios? ¿O seguimos esperando al Mesías? Verdaderamente, si alzamos la mirada a cómo está el mundo, a nadie se le ocurriría decir que reinan el derecho y la justicia en la tierra. Actualmente, hemos llegado al pico más alto de conflictos desde la II Guerra Mundial: Ucrania, Gaza, Sudán, Etiopía, Afganistán, Siria, República del Congo, Colombia... Son solo algunos de los 56 países con conflictos activos en el mundo, que cada vez tienen un componente internacional mayor (hay un total de 92 países involucrados en guerras fuera de sus fronteras, según publicaba El País el 11 de junio de 2024). ¿Cómo es posible que el grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las naciones a querer poner fin a estos conflictos, conscientes de las consecuencias que pueden derivarse a nivel mundial? Precisamente la esperanza, intrínseca al ser humano, es lo que mueve a tantísimas personas a salir de sus hogares en busca de un futuro mejor. Solo en el año 2023, 6.618 personas perdieron la vida en la frontera occidental euroafricana (entre



ellas, 363 mujeres y 384 niñas y niños), una media de 18 personas al día, como se refleja en el *Monitoreo Derecho a la Vida 2023* de Caminando Fronteras. Fue el año más mortífero desde que tenemos registros, pero parece que este 2024 estaremos cerca de duplicar esa cifra. Un drama humanitario que confirma que hemos perdido la dignidad humana en las fronteras (*Fratelli tutti*, 37) y que hemos perdido la cordura ante los miedos e intereses partidistas. Asistimos impasibles a la globalización de la injusticia y generamos, con nuestro rechazo, más sufrimiento como respuesta. Ante este panorama, es inevitable la pregunta: ¿qué esperamos verdaderamente del futuro?

VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO

Conforme a lo que uno espera, así actúa. Si Juan el Bautista no hubiera confiado en las promesas que Dios hizo por medio de los profetas, no habría ido por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados. La llegada del Mesías era inminente, había visto los signos del Reino, su esperanza era su fuerza. ¡Qué gran compañero de camino puede ser Juan el Bautista para nuestro Adviento! Si quieres vivir plenamente este Adviento, debes tener la certeza de que sus



palabras hoy te las dirige a ti: «Prepara el camino del Señor, endereza sus sendas». Y verás que «todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios».

«Las migraciones son un signo de los tiempos, uno de esos espacios en los que Dios se está revelando y que debemos interpretar a la luz del Evangelio»

No hay nada más tortuoso que el fenómeno migratorio al que asistimos en nuestros días. Cuando tomamos conciencia de las causas por las que las personas se ven forzadas a migrar, cuando nos percatamos de las injusticias que viven en sus países de origen, las aberraciones que sufren durante el tránsito; cuando llegamos a intuir la parte de responsabilidad de los países más ricos, los intereses económicos y geopolíticos que hay en juego, las mafias

que se lucran a costa del sufrimiento de unos y el egoísmo de otros, el maltrato social e institucional que reciben a su llegada... Cuando asistimos a todo esto, podemos llegar a tomar conciencia del grave pecado estructural en que vivimos y del que no parece posible salir. En medio de tanto sufrimiento y tanta injusticia, corremos el riesgo de desesperarnos y no hacer nada, porque nada está a nuestro alcance.

QUEDAOS CON LO BUENO

Será san Pablo quien nos insistirá en estar siempre alegres y en orar constantemente: «No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Tes 5, 19-21).

Sin duda, las migraciones son un signo de los tiempos. Uno de esos espacios en los que Dios se está revelando y que debemos interpretar a la luz del Evangelio. No solo para actuar cristianamente con nuestros hermanos, sino porque también, comprendiendo este signo, podemos responder adecuadamente al sentido de la vida y a los interrogantes de nuestro tiempo, y así podremos vislumbrar el camino por el que el Espíritu quiere llevar a la Iglesia. Nos dice el papa Francisco: «hay que poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. Los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (*Spes non confundit*, 7).

Pero, ¿cuál es la presencia salvífica de Dios en medio de este drama humanitario? ¿Dónde están esos signos de esperanza?

LA ENCARNACIÓN

Es muy significativa la acción de María al poco de concebir al Hijo de Dios: se levantó y se fue con prontitud a una región montañosa para atender a su prima Isabel, que estaba encinta. No se quedó nueve meses cantando el *Magnificat* en casa, sino que la alegría de esperar al Mesías, que ya vivía dentro de ella, la empujó a moverse, a salir fuera. María, en esperanza, ya estaba salvada y, en su mismo acto de misericordia hacia su prima anciana, estaba llevando a Cristo.

¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!

La alegría y el amor son criterios de autenticidad de la esperanza, porque nuestra esperanza está fundada en el amor de Dios, que se ha hecho carne. No podemos olvidar que la esperanza también está íntimamente ligada a la caridad. En

6 ocasiones, nos limitamos a dejar fluir la alegría y el agradecimiento de la fe, sin que el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones toque y oriente toda nuestra vida concreta. Rezaremos con los Salmos: «*muéstrame tus caminos, Yahveh, enséñame tus sendas. Guíame en tu verdad, enséñame, que tú eres el Dios de mi salvación. En ti estoy esperando todo el día*». Y, a lo mejor, nos quedamos esperando todo el día, sin esperar realmente que Cristo toque nuestro corazón y nos mueva a tocar la carne del pobre, ni siquiera en estos días. Pero entonces ¿qué esperamos exactamente cuando decimos esperar la venida del Señor?

LA ESPERANZA CRISTIANA

Decíamos al principio que la esperanza está muy ligada a la fe y a la razón. En primer lugar, porque hemos recibido una promesa de Alguien en quien confiamos y, en segundo lugar, porque lo que esperamos no es algo ilusorio ni irracional, precisamente es la llegada de ese Alguien a nosotros.

Es fácil perder la esperanza en estos tiempos, no solo porque el mundo en que vivimos brilla por la ausencia de paz y de justicia, sino porque hemos olvidado dos aspectos fundamentales de la esperanza cristiana: Primero, que nuestra esperanza no está puesta en nuestras capacidades, ni en nuestras herramientas ni en nuestras fuerzas. Nuestra esperanza está puesta en su promesa y en la certeza de que Dios se ha encarnado en el hombre, que ha entrado en la historia y en la vida de cada uno de nosotros. Dios está presente en medio del sufrimiento y ahí es donde nosotros debemos estar, porque Él habita en nosotros y estamos llamados a descubrir su presencia salvífica en el mundo. Efectivamente, el reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra. Si somos capaces de verlo en lo pequeño y de poner todo nuestro esfuerzo en sus manos, podremos vivir el Adviento preparándonos verdaderamente para su llegada, uniéndonos a la esperanza de los profetas, del Bautista y de María, que nos inducen a estar atentos y a responder: ¿A dónde me envías, Señor? ¿Qué montes hay que allanar? Quiero prepararte el camino.

Y segundo, que Cristo ha venido, está viniendo y vendrá. Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza

es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano (GS 39). Es decir, nuestros anhelos de plenitud y de justicia no se pueden ver saciados en este mundo como realidad definitivamente consolidada, porque no está a nuestro alcance. Precisamente, cuando constatamos nuestras limitaciones y la realidad del pecado en el mundo, nos abrimos a la auténtica esperanza, «la gran esperanza». Levantamos la mirada y nuestro horizonte se eleva hasta la vida eterna. Y esta esperanza es la que sostiene, ilumina y purifica nuestra esperanza en un mundo mejor. ¿Cómo se podría seguir teniendo esperanza con tantas muertes en nuestras fronteras? ¿Cómo se podría sostener ninguna lucha con tanta impunidad? Por eso, en esperanza fuimos salvados (Rm 8,24) y ésta no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.

Benedicto XVI nos dejó en *Spe Salvi* una preciosa pedagogía de la esperanza, mencionando algunos *lugares* de aprendizaje y ejercicio (SS 35-48). Se puede mostrar la certeza de nuestra esperanza a través de situaciones existenciales que nos abren a la trascendencia. Uno de estos lugares es el anhelo de justicia, que es *criterio* para ordenar la vida presente, llamada a la conciencia y *esperanza* en la justicia de Dios. Porque Dios, que se revela en el rostro del que sufre, sabe crear una justicia capaz de revocar el sufrimiento pasado y reparar el derecho. Ésa es la justicia divina, nada que ver con nuestra idea de venganza ni de amenaza.

«*Nuestra esperanza está puesta en su promesa y en la certeza de que Dios se ha encarnado en el hombre, que ha entrado en la historia y en la vida de cada uno de nosotros*»

Por eso, nos dirá el papa Francisco: «No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le





niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos exiliados, desplazados y refugiados, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: “estaba de paso, y me alojaron,” porque “cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25, 35-40)».

SIGNOS DE ESPERANZA

Incluso en medio de la tragedia de la DANA, hemos encontrado signos de esperanza cuando hemos visto florecer la solidaridad hacia las víctimas. Especialmente significativa ha sido la solidaridad y cercanía de las personas migradas en medio del caos. Ellas han destacado en fortaleza y alegría. Por otro lado, la Conferencia Episcopal Española nos ha ofrecido recientemente la Exhortación Pastoral «Comunidades acogedoras y misioneras. Identidad y marco de la pastoral con migrantes». Dicha exhortación presenta un análisis de la realidad fundamentado en la verdad, libre de polarizaciones políticas, lo que nos permite analizar el fenómeno migratorio con mirada evangélica, profundizar en todo lo que significa la hospitalidad y redescubrir algo tan esencial como lo que significa ser católico: cómo vivir nuestra catolicidad.

Se trata de un instrumento que puede ayudarnos a encontrar esos signos de esperanza, esa presencia salvífica de Dios en medio de este fenómeno mundial, que pasa por la conversión personal y pastoral. Para trabajar la exhortación y crear signos de esperanza, ha surgido la iniciativa «Cruzando fronteras», un podcast que consta de cuatro capítulos con reflexiones en torno a este documento, así como testimonios reales de personas migradas.



Podcast: Cruzando Fronteras

Escucha los distintos capítulos de este material escaneando el QR

PARA REFLEXIONAR

De la mano de los profetas, del Bautista y de María:

- ¿Y si nos preparamos (nos formamos) para denunciar la injusticia? Debemos ser capaces de ver esa presencia salvífica de Dios en medio del sufrimiento, porque somos profetas de esperanza, no de calamidades.
- ¿Y si nos preparamos para la conversión personal y pastoral? No podemos denunciar la opresión sin

escuchar la voz del hermano, que clama en el desierto pidiendo ser uno más entre nosotros.

- ¿Y si nos preparamos para acoger lo diverso? Como una madre sabe acoger con amor el don de una vida distinta a la suya y se deja transformar y enriquecer con ella, así la Iglesia debe acoger la diversidad de los hijos e hijas que llaman a su puerta.

PARA ORAR

La oración abre los ojos de la fe, fortalece y sustenta el amor, para que éste no se canse y permanezca siempre. Alimenta la esperanza para que nuestra espera sea activa y para abrimos a la «gran esperanza», que no permite el desánimo. Esta oración es fruto de mi esperanza en la «gran esperanza», tras la tragedia ocurrida en la valla de Melilla el 24 de junio de 2022, y es extensible a todas las víctimas de la DANA en Valencia.

Señor, acoge en tu misericordia a tus hijos que mueren en las fronteras. Concédeles participar de tu Vida, para siempre, en la Paz y el Amor, por todo lo que

les fue negado en esta vida.

Convierte nuestros corazones, rompe nuestra indiferencia. Ilumina e infunde tu Espíritu sobre quienes tienen responsabilidad y autoridad para hacer cambiar estas políticas de muerte.

María, #ConsueloDeLosMigrantes, acompaña a las familias, asiste a los heridos, protege a quienes ven su vida y libertad pendiendo de un hilo.

Consuela en el duelo, transforma nuestra rabia en determinación.

Únenos en la oración.